

LAS TRADICIONES DE OCA.



Yendo de Zornoza á Guernica se atraviesa por Aunzagana la cordillera que con los nombres de Oiz, Bizcargui, Ganguren y Archanda, corre de Este á Oeste paralela con el mar. En el descenso al hermoso y fértil valle de Guernica, hay una profunda y estrecha cañada que lleva el nombre de Oca, apropiado como todos los euskaros, á su topografía, pues significa hondura dominada por altas cimas. Por esta cañada se precipita un riachuelo formando ruidosas y espumosas cascadas, ya por efecto de los repentinos desniveles naturales que encuentra á su paso, ya por los artificiales de las presas de molinos y antiguas ferrerías que abundan en casi todo aquel descenso.

La vegetacion de esta cañada es sobremanera exuberante (y no lujuriosa como absurdamente suelen decir los malos traductores del francés). Los nogales, los castaños, los manzanos y los cerezos, alcanzan allí un desarrollo verdaderamente prodigioso. Ni una vez he descendido al valle de Guernica siguiendo la carretera que recorre la márgen izquierda del torrente de Oca, sin experimentar como profundo sentimiento por no poder detenerme siquiera un día y una noche á meditar en aquellas umbrías tan excepcionales por su fisonomía y su misterio, y creo que lo mismo habrá sucedido á todos los que sintiendo y pensando como yo en punto á los «extremamientos» de la naturaleza, hayan descendido por allí, por más que como yo sintiesen ánsia de admirar la belleza del valle en que termina la cañada de Oca.

En esta cañada, como en todos los lugares donde la naturaleza se ofrece llena de misterio y singularidad, abundan las tradiciones populares, y muy particularmente las que tienen por base lo sobrenatural, y por tanto maravilloso. No es hoy mi propósito referirlas ni aún indi-

carlas todas, y si solo referir una de las más singulares de que hace cerca de trescientos años tomó nota Juan Iñiguez de Iburgüen, á quien voy á seguir y cuyo relato está conforme con la tradicion que aún se conserva en la sombría y lozana cañada de Oca, á donde un amigo mio ha tenido muchas veces tentaciones de ir á vivir, únicamente para comer buenas truchas.

Gonzalo Saez de Oca, señor de la casa solar de este nombre, casó en segundas nupcias el año 1024 con Pastora de Aramayona, de la cual no tenia hijos con gran sentimiento suyo, pues del primer matrimonio solo conservaba una hija cuyo nombre era María, como el de su difunta madre.

Los caballeros solariegos de aquel tiempo y aún de otros muy posteriores, aunque fueran cabezaleros de los principales linajes, eran en Bizcaya sencillos labradores que cambiaban la azada por la lanza ó la ballesta con la mayor naturalidad, cuando el caso lo requería.

Hallábase Gonzalo en la guerra contra la morisma, como uno de aquellos heróicos bascongados que, acaudillados por Iñigo Lopez Ezquerro, «conde por la gracia de Dios,» como le llaman las crónicas y diplomas, ayudaron á Navarra y á Castilla á expeler de su suelo á los mahometanos.

Pastora de Aramayona aborrecía de muerte á su inocente y hermosa entenada, por lo mismo que era queridísima de su padre y fruto de la union de este con otra mujer.

—Vamos á traer dos hacecillos de leña para el hogar, dijo un dia á la doncella, y juntas se dirigieron á un bosque no lejano de la casa solariega, que aunque reedificada de silleria modernamente, vé aún el pasajero á la sombra de los nogales entre la moderna vía y el rio.

Partieron ambas, y al llegar al bosque, Pastora hirió con el hacha traidora y despiadadamente á María, sin que ésta tuviera tiempo más que para implorar el amparo de la madre de Dios, y considerándola muerta, abrió una hoya con ayuda del hacha y sus manos, la enterró allí y la cubrió de unas losas anchas y delgadas que allí abundan y se emplean hasta para cerrar las heredades, colocándolas verticalmente en torno de ellas.

Pronto la sepultura se cubrió de maleza y flores, y cuando Gonzalo Saez un año despues tornó de la guerra, ansioso de estrechar en sus brazos á la hermosa y angelical María, experimentó el mayor de sus dolores con la noticia que le dió Pastora de que la doncella habia

desaparecido, siendo inútiles cuantos esfuerzos se habían hecho para encontrarla viva ó muerta. Creyóse hasta por el mismo Gonzalo que habría sido devorada por los lobos, que entónces abundaban tanto como ahora escasean en los bosques de Bizcaya, y el apenado padre se esforzaba en resignarse con aquel gran infortunio.

Iñigo Martínez de Oca, deudo y vecino de Gonzalo, andaba buscando un buey que no parecía y temia hubiese sido tambien muerto y devorado por los lobos. Como viese que en un bosque cercano revoloteaban muchedumbre de cuervos carnívoros, sospechó que allí estuviese muerto el buey y se encaminó allá.

Al llegar oyó una dulce voz que le llamaba por su nombre, le recordaba la de la infeliz María y parecía salir del centro de la tierra.

Acercóse al sitio de donde parecía salir la voz, levantó unas losas medio ocultas entre la maleza, y á sus asombrados ojos apareció viva é ilesa la doncella desaparecida hacia más de un año!

María le contó y repitió despues a todos que la Madre de Dios, cuyo amparo había invocado al ser herida por su madrastra, la había resucitado, alimentado y asistido.

Castigada Pastora de Aramayona por la justicia humana como merecia su enorme delito, María, con beneplácito de su padre, se consagró enteramente al servicio de la Madre de Dios, y en el sitio donde se habían obrado el crimen y el milagro, que recibió el nombre de Erroitegui (lugar de cuervos), en memoria de los que atrajeron la atención de Iñigo, erigió Gonzalo una ermita consagrada á la virgen María.

Tal es una de las tradiciones de la profunda cañada de Oca, tal como las gentes de aquellas umbrías la cuentan, y tal como más sumariamente la contó Juan Iñiguez de Iburgüen, el de Zornoza, hace cerca de trescientos años.

ANTONIO DE TRUEBA.

